

desde la literatura

Te debíamos la vida

Rossana Quiroz Ennis

Llegabas en la madrugada a servirme un trago y a escuchar música clásica con la bragueta desabrochada y un cúmulo de frustraciones en la cabeza. Pasabas horas sumergido en esa mezcla borrosa de lámpara a media luz, vapores de alcohol y música antigua. Luego dormías hasta el medio día y todos teníamos que ocuparnos de mantener las cortinas cerradas, el teléfono descolgado y controlada la respiración. Eras demasiado grande y no era bueno verte enojado porque te daba por romper las puertas o agarrarnos a todos a cinturonzos. También los amigos del barrio te tenían miedo por gritón y, sinceramente, nosotros preferíamos que te mantuvieras ocupado con tus ancianas y enfermos terminales. Resultaba difícil imaginarte en el hospital, salvando vidas de aquí para allá, cuando a la casa nada más llegabas a destruirlo todo. También era curioso cómo sabías tanto sobre la muerte y tan poco sobre estar vivo. En realidad, actuabas como si lo único bueno que podía hacer la gente era morir y las personas tenían que estar enfermas para poder estar cerca de ti.

Esa santidad tuya estaba llena de contradicciones.

Guardabas una caja entera de revistas pornográficas debajo de la cama y una colección significativa de infidelidades, pero cuando te enojabas con mamá le salías a ella con que era una puta. Después te extrañaste de que comenzara a ir al psicólogo y lo tomaste de pretexto para agarrarla a golpes a cada rato. Poco a poco los dos habían convertido la casa en un set de tercera de melodramas de la época de oro. Fue una suerte que la naturaleza planeara el crecimiento de los niños (cosa que tú, aun siendo médico, nunca calculaste) y mi hermano nos hizo el milagro de ponerse a tu altura, aunque tuvo que comenzar a hacer pesas en su cuarto y tomar algunas clases de karate.

Esa madrugada llegaste como siempre a servirme un trago, poner tu música, desabrocharte el cinturón y sentarte en medio de la luz difusa para sedar esa especie de tumor amargo que tenías instalado en el corazón. Sólo que nosotros no estábamos encerrados en el cuarto, simulando estar dormidos para que no fueras a alterarte. Más bien,

te habíamos esperado. Mamá nos tenía reunidos en la habitación de ustedes porque tenía algo que decirte y quería que todos estuviéramos para escucharlo. Bajamos las escaleras en fila india y despacio. Un poco porque estábamos acostumbrados a no hacer ruido cuando estabas y un poco porque en el fondo sabíamos bien que íbamos a presenciar otra escena de matadero.

Mamá fue directo a poner la luz en su justa medida para mirarte a los ojos de lleno y decirte "te vas de la casa". En todo caso te pareció una frase bastante ordinaria porque le contestaste que no, que la que se iba era ella. A esas alturas ya todos sabíamos que su mejor amiga te había descubierto de fin de semana con la amante y resultaba algo descarado de tu parte que salieras con eso.

Ni siquiera te exaltaste. Acababan de echarte a la calle literalmente y lo único que hacías era beber tranquilamente tu cuba con presidente. Entonces ella, que seguramente había calculado todas las posibilidades, lanzó una segunda ofensiva.

"Que ellos decidan", dijo. Y nosotros hubiéramos decidido que sí, que te fueras, pero confiábamos en que estabas a punto de aceptar tus errores, pedir perdón y cambiar para siempre. En lugar de eso comenzaste a perder la paciencia y entre el te vas-no me voy-que sí-y que no, terminaste por lanzarte a los cachetadones y entonces tuvieron que intervenir los meses que mi hermano había pasado en su cuarto haciendo pesas y practicando karate.

Te fuiste. Un derrumbe de palabras sin pronunciar sepultó tu figura y el miedo que te teníamos se convirtió en pura precaución.

Aprendimos a convivir contigo a distancia de esa manera y jamás se volvió a tocar el tema vergonzoso de su separación. Ustedes comenzaron a llevar una relación más saludable y, aunque cada quien vive en su casa y les cuesta mucho trabajo decir las cosas por su nombre, la violencia no parece estar presente como antes. Es como si ese cúmulo de amarguras que te tenía pasmado el corazón se te hubiera disuelto en las venas para volverte triste la sangre.

Antes de que te conviertas en un anciano venerable y sobrio, que hable sobre los viejos tiempos y las buenas costumbres, sería bueno que pusieras algunos recuerdos sobre la mesa de operaciones y les hicieras la autopsia. A lo mejor te das cuenta de que el dolor no sólo está en la enfermedad. O de que la enfermedad no se queda sólo en la memoria. O de que la memoria, no se acaba con la muerte.

25 de abril de 1997